

ENTRE ESCOMBROS

Hotel Principado 1985



Por el Bicho Gardo.

Ediciones
La Luna

Entre escombros

Hotel Principado 1985

INDAUTOR REGISTRO PÚBLICO

© D.R. Edgardo José Argáez Valencia

© D.R: 2016 Ediciones la Luna

Impreso en México

NOTAS DEL AUTOR

En esta obra, los hechos, situaciones y personajes, fueron tomados de la vida real.

La fotografía de la portada del hotel Principado, tomada del internet y cuyo autor no pudo ser identificado, a pesar de haberse intentado su búsqueda bibliográfica, queda como una muestra más, del valor y profesionalismo de los fotógrafos del periodismo mexicano.

Ahora...
Ya no sé si estoy vivo.
Si el estado en el que estoy, es vivir.
Si el lugar dónde me encuentro, es vida.
Si la oscuridad y la luz, son mi mente.

Entonces... Sólo debo esperar...

...¡ Sí !

Esperar...

José Argenval

Introito

El hombre caminaba descalzo por las calles..., soportaba las miradas inquisitivas y abrumadoras de cientos de personas. No podía creerlo. Por fin los sueños recurrentes y obsesivos tenidos en muchos momentos de su vida, se habían hecho realidad, recorría las calles de la ciudad descalzo.

Aquél individuo los recordaba a cada paso que daba, sin embargo, decidido persistía en el avanzar con la mirada enfocada a sus pies, sintiendo el roce del concreto de la banqueta, rumbo a la caseta de vigilancia de las oficinas centrales de Pemex, localizada en la avenida Marina Nacional. Vestía ropajes prestados de enfermero, que no le

cerraban adecuadamente por ser de una talla más pequeña y que le fueron proporcionados en el hospital de la Cruz Roja de Polanco, del cual se había escapado unos cuantos minutos antes.

Así con esa facha, por supuesto que los vigilantes no le permitían el acceso a las instalaciones de la petrolera, a pesar que con vehemencia, aquel hombre una y otra vez, trataba de explicarles el por qué vestía así, y la necesidad de entrar a la torre de Pemex para ver al Coordinador de Operaciones de Refinación, excompañero de trabajo en busca de ayuda.

— ¡Soy jubilado, soy jubilado, créanme. Soy el ingeniero Argáez, fui el administrador de todas la refinerías..., ahora soy un damnificado del terremoto! — gritaba repetidamente.

Sin embargo era inútil. El personal de seguridad le impedía el ingreso. Había pasado mucho tiempo, ya no lo conocían y tampoco traía consigo alguna identificación.

1

Un día antes.

(18 de septiembre de 1985)

Se habían citado para comer en un restorán pequeño de comida yucateca, sobre avenida Patriotismo en la ciudad de México, casi esquina con Diagonal San Antonio. Ahí le gustaba ir al joven ingeniero por lo sabroso de sus platillos y por lo discreto del lugar, para tratar asuntos de trabajo o simplemente de pasarla bien con unos tragos y compañeros. El padre y el tío venían de la Secretaría de Comercio, el hijo de visitar a personas con las que trataba

asuntos de contratismo en la institución petrolera.

Con el fin de tener una espera menos tediosa, el joven profesionista pidió una cerveza bien fría, y al paso del primer trago, su mente le recordó el por qué estaba ahí...

El gobierno había restringido las importaciones para controlar la salida de dólares y así mantener el control de la paridad del peso, el cual para variar, nuevamente se encontraba a punto de desplomarse. La producción del Ron Argáez Especial, en el estado vecino de Yucatán, se veía una vez más presionada por la suspensión de las compras en el extranjero del roble blanco procedente del Canadá. Esta madera sirve para fabricar las barricas donde se añejan las bebidas destiladas de cualquier producto, ya sea Whisky, Coñac, Tequilas, Ronas y todas las demás.

Hacía muchos años, desde antes de 1920, la familia producía el alcohol a partir de la fermentación del piloncillo. El patriarca, Edgardo E. Argáez Quijano, mejor conocido como Don E, lo aprendió en su juventud,

durante su estancia en el territorio agreste de Quintana Roo, siendo maestro tutor de los hijos de un hacendado, que extraía el chicle y el palo de tinta, los que desde la época de la Nueva España se obtenían de ahí; este último producto servía para dar color a los textiles en Europa. Desde entonces el fuerte de Bacalar constata la presencia y protección de ese comercio.

En sus tiempos libres y por su habilidad de hacer amigos, Don E compartía los festejos con los militares acantonados en esa región, de donde aprendió la técnica de fermentar y destilar aguardiente. Se encontraban en la mitad de la selva tropical y prácticamente incomunicados con la nación mexicana, porque en aquellos tiempos, el gobierno del país era centralista.

Así al paso de algunos años, cargado con un baúl repleto de billetes, resultado del pago de su tutoría y ahorro, regresó a su ciudad natal, Conkal, muy cercana a Mérida, la capital del estado yucateco, donde al mostrar su tesoro, la risa de los amigos y familiares, dio pie a darse cuenta, que eran *milimbiques*, moneda que cada estado o

cacique imprimían a su voluntad y únicamente tenían valor en el mismo sitio del país, de manera que al cambiar de estado, ya no valían.

Pasada la desilusión y ayudado por algunos tragos de su propio ron, tomó la decisión obsesiva, como siempre lo hacía, de establecer la fábrica de aguardiente y licores, la que desde entonces existe mediante una concesión legal, autorizada por el gobierno, con el objeto de producir el alcohol. La acumulación del dinero *milimbique* no sirvió, sin embargo, el conocimiento y la experiencia fue el verdadero caudal atesorado. Los dos hijos mayores durante su juventud, aprendieron y trabajaron el arte de obtener el agua bendita del dios Baco y transformarla en elixir para el pueblo.

Mucho tiempo después, el gobierno canceló las concesiones de producción de alcohol, para centralizarlas en los ingenios azucareros y la fábrica del Ron Argáez se convirtió en una empresa productora de mezclas en frío, como ahora lo hace toda la industria de bebidas y licores.

A pesar que los dos hermanos mayores habían conocido, participado y mejorado la producción, el primogénito se trasladó como se acostumbraba en aquella época, porque no había de otra forma, embarcándose en Puerto Progreso, para cruzar el Golfo hasta el puerto de Veracruz y de ahí a la ciudad de México por ferrocarril, para estudiar Ingeniería Química. Pensaba en regresar a seguir con el negocio familiar, sin embargo, al graduarse, lo atrapó la industria petrolera recién expropiada, de manera que el segundo de los siete hermanos, quedó al frente de la fábrica de ron y licores, luchando por engrandecerla.

Ahora después de tantos años, nuevamente los dos hermanos mayores, aquellos que en la región eran conocidos por los Pollos y las Pollitas cuando se referían a las hermanas, se encontraban acompañándose, intentando obtener los permisos de importación de la viruta de la madera del roble blanco, necesaria para obtener el color, el sabor y el olor del *verídico* Ron Especial Argáez, en lugar de sólo adicionar productos químicos con los que en la industria licorera de hoy, se

obtiene el “añejamiento” de cualquiera de los productos comerciales.

Previamente habían estado con el Subsecretario de Gobernación, compañero de la escuela primaria en la ciudad de Mérida, quien les ayudó a obtener los lineamientos y protocolos para conseguir los permisos de importación, y posteriormente los canalizó a la Secretaría de Comercio, aunque les advirtió la problemática existente en la economía del país y por consecuencia la dificultad en esta época, de lograr dicho permiso.

Los recuerdos volaban en la mente del joven, cuando los observó entrar al recinto con la camaradería de hermanos que siempre los caracterizaba y muchos envidiaban. Decían familiares y ajenos que: se querían demasiado y cualquiera de los dos, daría la vida por el otro, aunque a veces las discusiones y enojos clásicos de hermanos, llamaban la atención a quienes los rodeaban, pero siempre resolvían la situación después de un rato, con un trago. Eran los dos mayores de siete hermanos incluyendo a dos mujeres. El joven ingeniero

que hoy los acompaña, es el primogénito del mayor con el mismo nombre y el mismo del abuelo, o sea, el tercero. Le apodaban “Cónsul”, por haberlo nombrado así, cuando siendo un bebé, sus padres se cambiaron a vivir a la refinería de Minatitlán al sur de Veracruz y al presentarlo a los nuevos amigos y compañeros, así le denominaron: “...aquí tienen al Cónsul de la hermana república del Yucatán”. Bueno, uno de tantos heterónimos otorgados en su vida: Conchulito, Guichilobos, Zarahuato, Tarzán palúdico, Gardis, Gary, Abdul, Bicho, Argenval, Poeta o en ocasiones dicho por algunas damas... Guapo. Tal vez debido a cada una de sus múltiples personalidades. Una sonrisa producida por su inconsciente lo traicionó.

Durante la comida y al calor de las cubas, platicaron anécdotas, repasaron lo acontecido en el día e hicieron los planes para continuar el día siguiente. Al finalizar, el Cónsul los llevó al hotel Principado en la plaza de la República donde se hospedaban. Ahí le gustaba ir al tío Pedro, porque en ese lugar se encontraba con muchos políticos. Le gustaba ese ambiente. Había sido

presidente municipal de Conkal, Yucatán, donde nacieron y aún se encuentra hasta la fecha la fábrica del ron. La gente de la población lo recuerda por su correcta gestión y también al haber adquirido e instalado el reloj de cuatro caras en la torre de la presidencia municipal, el cual hasta la fecha da la hora... *de tomar Ron Argáez* como algunos malandrines dicen al observar dicha máquina del tiempo, a través de las puertas oscilantes de las cantinas del zócalo municipal, aunque ahora únicamente le quedan tres de las carátulas que originalmente se instalaron, no se sabe por qué causa.

El hotel Principado llamaba la atención por su lobby de grandes columnas. Eran las siete y media de la tarde y cansados de trajinar por el DF y las oficinas de gobierno, decidieron subir a su habitación a reposar, no sin antes de hacer el compromiso de verse al tercer día en la casa del Cónsul en la ciudad de Tula, en el estado de Hidalgo.

— Nos vemos pasado mañana en tus lares, prepara los gusanitos de maguey, los chinicuiles y la barbacoa de carnero. ¡Ah! Y checa bien que no se hayan ido los

“atlantes” de la pirámide en la zona arqueológica — comentaron los dos, arrojando el momento con sendas carcajadas.

— Claro, con mucho gusto los espero. Hasta pronto.

Al *piolazo* arrancó como siempre el *vochito*, conquistador de los caminos, el cual ha movido al joven profesionista por todo el país. Al embragar la primera velocidad, esbozó una sonrisa, recordando que debe escribirse con “v” chica o labiodental y no con “b” grande, porque si no, sería *bochito* (boxito en maya), apelativo patronímico de yucateco.

2

La caseta de vigilancia se había convertido en una olla de ebullición. La gente aglomerada, tanto la que quería entrar como la de salida, observaban con atención por su rareza lo que acontecía... Una persona descalza y mal vestida queriendo entrar con desesperación y la vigilancia negándole el acceso.

En eso estaban, cuando una joven mujer intervino:

— ¡Ingeniero!, ingeniero Argáez... ¿qué le pasó? — Se dirigió a los vigilantes y con autoridad les informó: — Soy la jefa del departamento del Censo Médico. Yo lo conozco, fui su secretaria cuando ingresé

a la empresa... A ver, a ver... déjenlo pasar, venga conmigo ingeniero, yo lo voy a certificar de nuevo y atenderé su problema — los guardias de seguridad se hicieron a un lado y permitieron el paso. Ella tomó con familiaridad su antebrazo y lo llevó a su oficina. De inmediato, mandó un asistente a su casa, situada a un par de cuadras de ahí, en busca de algo de ropa de su esposo, así como unas sandalias. Mientras le sacó una fotografía y elaboró una nueva credencial que se la entregó.

El ingeniero con cuidado extendió el brazo para recibirla y al observarla, dejó salir un suspiro de alivio y sin pensar expresó:

— Mi primer fotografía de recién nacido —. Unas carcajadas se escucharon del personal ahí presente.

-0-

No cabe duda, cuando se necesitan, las coincidencias siempre se presentan. Ahora a *toro pasado* el Cónsul recordó que a esa providencial mujer, la conoció algunos años

antes, cuando se construía la refinería de Tula y los fines de semana, se hacían visitas del personal de las oficinas, para que conocieran el primero de los nuevos grandes centros de refinación que el país tendría. El Cónsul, como también es ingeniero químico, formaba parte del equipo de arranque de las nuevas instalaciones de refinación del petróleo. En aquella ocasión le tocó atender a ese grupo de alegres y atractivas señoras y señoritas trabajadoras de la institución en la visita guiada. Ella sobresalía del grupo, por su belleza y cabellera rubia. Al finalizar el recorrido, durante el ambigú ofrecido por la empresa, la mujer se acercó al Cónsul y viendo sus brazos genéticamente velludos, arrió sus dedos cual garritas y le dijo:

— ¿Puedo tocarlos? — Con una sonrisa el joven ingeniero aceptó, alargando el brazo.

Varias veces con anterioridad en su vida, ya le habían hecho la misma solicitud. Pero siempre acompañaba el momento con una observación que ese día repitió:

— Supongo que de niñas, les escondieron sus ositos de peluche y de alguna manera quieren recordar la sensación de

acariciarlos — comentó el Cónsul provocando la risa de la comitiva.

-0-

En poco tiempo, el recién resucitado ingeniero, se cambió la ropa por la que le trajeron. Un conjunto de algodón color verdoso muy de la moda juvenil de la época, el cual le acomodó de manera aceptable y mucho más, comparado con lo que traía puesto de la Cruz Roja. Agradeció emocionado a su arcángel salvador y se dirigió a las oficinas de Refinación en los pisos altos de la enorme torre Pemex.

Con asombro lo recibieron los funcionarios y mucho más cuando explicó lo acontecido. Apesumbrado platicó que su hermano seguía atrapado entre los escombros del hotel derruido. Le pusieron a sus órdenes una persona que lo apoyara y un vehículo para regresar al lugar del siniestro, no sin antes intentar llamar por teléfono a su hijo en Tula. No lo consiguió, el país se hallaba aislado por falta de comunicaciones desde la ciudad de México al resto del país, ya que el edificio de la Secretaría de Comunicaciones

y Transportes, llamado Torre de Telecomunicaciones, centro vital de las largas distancias telefónicas, se había también derrumbado.

El desasosiego imperó por un momento, pero una voz femenina llamó la atención a todos los presentes:

- La red de microondas de comunicación de Pemex, por ser propia e independiente si funciona, podemos comunicarnos a la refinería de Tula y que ellos por la red local de Telmex le puedan pasar el mensaje a su hijo — comentó la asistente ejecutiva del ingeniero Celestinos.
- Ve y regresa a buscar a tu hermano, nosotros nos encargamos de hacerle llegar el mensaje a tu hijo — expresó el mismo Coordinador de Refinación, al tiempo de darle una palmada en la espalda, como un mensaje de solidaridad y suerte.

Rápidamente escribió el mensaje y lo entregó a la asistente, para salir de prisa hacia el elevador que ya lo esperaba.

3

Eran casi las siete de la mañana, el Big Ben de la torre de la catedral de San José de Tula, en el estado de Hidalgo pronto comenzaría a sonar sus campanas, la familia se encontraba terminando el desayuno que la madre había preparado. Algunos de los hijos ya se encontraban lavándose los dientes para salir corriendo a la escuela, la cual se encuentra enfrente, únicamente separada por el río Tula, de manera que tendrían que correr al puente colgante de cables y tablas cercano, para regresar por la otra orilla.

La visita del abuelo y el tío abuelo había sido comentario en la mesa. Llegarían al día

siguiente para quedarse un par de días. Los muchachos contentos por el hecho, comenzaron a discutir. Todos querían que se quedaran alojados en su cuarto, para poder escucharlos platicar aventuras y anécdotas, por un rato antes de dormir.

— Así siempre lo han hecho desde que yo era niño, cada vez que algún tío llegaba de visita a la casa de mis padres — les comentó Cónsul.

En eso..., súbitamente comenzó a crujir la casa y se escuchó un grito:

— ¡Mamá... está temblando!

— ¡Vengan acá! Tranquilos. No pasa nada.

El movimiento telúrico fue muy fuerte. Ellos tenían experiencia de temblores por haber vivido en la ciudad del México y al sur del estado de Veracruz, regiones altamente sísmicas. Incluso les tocó vivirlo cuando cayó el Ángel de la Independencia. Sin embargo éste era diferente. Con más energía, o no, tal vez..., sólo diferente.

Pasado el momento, la rutina continuó: los hijos a los colegios y la madre a su trabajo en el Centro Cultural Tlahuizcalpantecutli, la escuela de ella y su comadre.

- ¿Qué vas a hacer hoy? — preguntó antes de salir.
- Estoy preparando un proyecto, lo voy a continuar aquí en la casa, mientras me entero qué más hay respecto al temblor.

La señal de la televisión se había perdido durante el sismo, Cónsul intentó establecer comunicación por teléfono a la capital, pero no había comunicación. La telefonía local si operaba. Acomodado frente al televisor con puras rayas diagonales, aprovechó a trabajar en el proyecto el que fue surgiendo poco a poco, hasta que por fin la señal regresó. Jacobo Zabludovsky apareció en un foro muy rustico, la señal se veía medio borrosa, de muy baja calidad y, con voz angustiada narraba que la capital había sido destrozada por el terremoto, mencionaba cómo muchos edificios se habían venido abajo, y lo puntualizó definiéndolo como "...una zona de guerra". Hablaba del edificio de Televisa donde se encontraba la torre de antenas; de la torre de Telecomunicaciones del gobierno; de los grandes destrozos por diferentes barrios y colonias de la ciudad; de las emergencias y de la infinidad de fallecidos; la presencia del ejército para mantener el

orden y con voz triste, arengaba a que no saliera la gente de sus casas... El joven ingeniero dejó de trabajar. Acercó el teléfono, un cuaderno y un lápiz para apuntar los datos de los lugares y números telefónicos a los que se podría recurrir en busca de información, tal como los fueran diciendo en el único medio informativo que persistía en ese momento..., la radio y la televisión. No sabía para qué recabar dicha información, sin embargo sintió la necesidad de hacerlo. Aspiró profundo, reinició el proyecto y a esperar...

No había nada que hacer y sobre todo, estando a más de cien kilómetros de distancia. Sin embargo su mente se distraía repasando lo que tendrían que hacer en estos casos, los que estuvieran por allá. Pasaron las horas, tal vez cuatro o más. En eso sonó el timbre del teléfono, era la esposa...

— Oye, me dijo el padre Chucho, nuestro amigo sacerdote, que escuchó en la radio, que la marquesina del hotel Principado se había derrumbado —. Como si hubiera sido una predicción, en ese instante apareció en la pantalla de la

televisión un edificio en ruinas y la voz diciendo: — “...el hotel Principado, en la plaza del monumento de la Revolución...”

- Lo estoy viendo, se cayó el edificio del hotel... Esto es muy grave — dejó salir el pensamiento, mientras retrocedió su imaginación al instante en que los dejó a la puerta del hotel y esperó observándolos entrar en él.
- ¿Qué vas a hacer? — Escuchó por el auricular.
- Prepararme para ir, aunque como lo veo, los pisos están unos sobre otros. Muy poco podré hacer, debe de existir un total desmadre allá, tal vez hay que dejar que las cosas se calmen un poco —. La incertidumbre apareció en el ambiente y con ella la preocupación y el nerviosismo. Fugaz la mente tomó de nuevo el control de su actuar, debido a la formación obtenida en las refinerías e industria petrolera, cuando acontecen emergencias y desastres... “Dejar las emociones a un lado y razonar... Apaga calentadores y recircula” decía el refrán de los refinadores del petróleo. — Iré al banco por dinero, tal vez algo necesite; después

comeré, porque quién sabe cuándo pueda volver a hacerlo.

A punto estaba de salir para tomar la carretera, cuando entró una llamada telefónica, era de la oficina de la Superintendencia General de la Refinería de Tula. La secretaria se identificó y dio el mensaje:

— Ingeniero, por la red de microondas de Pemex nos envió su padre un mensaje para retransmitírselo. Dice que él está bien, pero su tío quedó atrapado en el hotel, sin embargo ya regresó al lugar y los rescatistas lo reconocieron y junto con los soldados lo corrieron de ahí, diciéndole que ya habían rescatado a su hermano, proporcionado oxígeno y llevado a un hospital. Su otro tío el médico, está tratando de localizarlo en los centros hospitalarios e indica que más tarde se dirigirá a la casa de su tío, situada en Xotepingo, Tlalpan, donde podrán encontrarse. Ahí estará.

Un poco más tranquilo, emprendió el viaje por la autopista a la capital destrozada. Le habían dicho... que estaban bien.

Sorprendido quedó al entrar a la ciudad y más al manejar por las calles desiertas. Era media tarde y tendría que pasar por enfrente de las oficinas centrales de Pemex para llegar al monumento de la Revolución. Ni un alma se observó en el transitar. Pudo acercarse a un par de calles de la Plaza y estacionar el vehículo. Se apeó y a paso lento para estar observando todo a su alrededor, se dirigió a donde sabía estaba el hotel. Una barricada de las fuerzas armadas le impidió continuar. Regresó sobre sus pasos y se encaminó a donde existía un pabellón de lona, en su andar alcanzó ver a su izquierda la cúpula monumental de lo que inicialmente iba a ser el Capitolio mexicano, al igual que existen en los Estados Unidos y Cuba, quedando inconcluso y reconvertido en un monumento consagrado a la Revolución Mexicana. De reojo observó también al edificio del Congreso del Trabajo CTM. La carpa de lona se trataba de un centro de rescatistas. Eran hombres y mujeres, todos jóvenes apurados. A la pregunta de cómo obtener información acerca de las personas rescatadas. Señalaron con el dedo a un hotelito a media

cuadra.

— Ahí están concentrando a las personas sobrevivientes y tienen las listas de los rescatados.

Con apresuramiento se dirigió a ese sitio. No era cierto, todo era un caos, nadie respondía nada.

Desilusionado, pero con cierta tranquilidad al ya saber que sus parientes estaban bien, pensó en tomar rumbo a la casa del tío Miguel el médico, a Xotepingo. Aún tendría que atravesar toda la ciudad.

Al introducir la llave para abrir la puerta del auto, levantó sin querer la vista y observó la calle paralela anterior a la del hotel Principado. Se encontraba completamente solitaria, sin rescatistas ni soldados, motivándose de golpe a pensar... << ya llegué hasta acá, nada puedo perder, voy a recorrer los alrededores, simplemente a ver que observo>> y comenzó a caminar hacia allá.

4

Dos semanas después del terremoto.

Regresaba a la casa por la tarde, el clima de Tula en esta época y a esa hora ya está fresco, una chamarra ligera es adecuada y suficiente para estar cómodo..., al entrar, una voz llamó su atención.

— Te llegó un telegrama —. Era la única comunicación rápida que podría tener de su padre, porque la tienda donde se encontraba la caseta telefónica de

Bacalar, Quintana Roo, sólo estaba abierta en los horarios laborales y cuando estos terminaban, pues igualmente, cerraba, dando paso a la incomunicación.

Apresurado pasó la vista sobre la mesa del antecomedor y ahí se encontraba el sobre con la sección transparente clásico de un telegrama, la intuición le indicó que era de él. Con rapidez lo tomó, bruscamente rompió el sobre y leyó:

“Hijo, Pemex GPC desmantela hotel Principado. Oficina frente a estacionamiento Verónica. Tienen documentos míos. Ve por ellos. EAM”.

Alguien de la institución le había comunicado el hallazgo, nunca comentó quién ni como, pero hizo que Cónsul, el joven ingeniero químico se programara para darse una vuelta más por la ciudad de México. En las semanas anteriores había estado buscando por todos los lugares que le permitieron el acceso, las maletas, la ropa, los documentos, dinero y dólares con los que se pretendía pagar los derechos para obtener

los permisos de importación, así como también el auto del tío Pedro, en el que viajaron y quedó en el estacionamiento subterráneo del hotel, lugar que desde afuera en la calle, se veía que no sufrió mucho daño, a pesar que prácticamente toda la estructura del edificio de 11 pisos cayó sobre de él. Posteriormente un perito en ingeniería civil, amigo de la familia, explicó que el diseño de la estructura fue calculado por separado del diseño de la cimentación, lo que aún si estuviesen bien calculados, la unión o interfase de las dos estructuras no fueron analizadas en común, para el caso de un sismo tipo IV o mayor, lo que provocó el colapso desde ese punto hacia arriba, viniéndose abajo todo el edificio.

Esta edificación fue de las primeras en ser atendidas para su demolición final y retiro de los escombros, las noticias y rumores decían que el socio principal del hotel era la Chava Barragán, líder del sindicato petrolero. El que Pemex hubiera atendido con especial interés y rapidez estas ruinas, de alguna manera dio por buenos estos rumores. Una semana después, los grupos de parientes de

desaparecidos presionaron al gobierno. Circulaba la noticia de que eran sacados desmembrados por la parte posterior de los edificios, para ser llevados a fosas junto con el despojo material. El gobierno ante esas presiones, estableció modificar el procedimiento para disminuir la velocidad de desmantelamiento de las ruinas, ordenando, que estas operaciones se llevaran al cabo lentamente sin los tractos excavadores y equipos pesados, con el fin primordial de encontrar adecuadamente los cuerpos. Según los rumores decían que los cadáveres desaparecían entre los escombros cuando los removían, cargaban y enterraban como rellenos en otros lugares, o también aparecían desmembrados y sin la posibilidad de ser reconocidos. El predio de este edificio para entonces ya se encontraba limpio. Un periodista de Tampico relató que a pesar de la extensa búsqueda, nunca encontró a sus familiares hospedados en ese lugar.

Durante ese lapso de dos semanas, Cónsul ya había visitado todos los corralones de la ciudad donde le mencionaron que llevaron las chatarras de los vehículos encontrados. Recorrió fila por fila en cada uno de todos

hasta el último que se encontraba en la “Cabeza de Juárez”, a la salida del DF para tomar la carretera a Puebla. Nunca encontró el Ford Fairmont casi nuevo del tío.

Posteriormente, mediante la intervención del consuegro Don Pepe, que en ese tiempo era el Director de Desarrollo Empresarial del Estado de Yucatán, obtuvo de los Guardias Presidenciales de la República, la autorización de acceso para el Cónsul, que acompañado por un oficial, lo llevaron a las bodegas del campo militar número uno del ejército, donde perfectamente alineadas pero no identificadas, se encontraban las pertenencias localizadas en los edificios derrumbados, << posiblemente no fueron todos los edificios >> pensó, porque tampoco encontró las pertenencias de sus familiares.

Con el paso del tiempo el joven ingeniero me comentó:

— Al final de los múltiples recorridos posteriores a cuando recibí los documentos de mi padre en las oficinas de Proyectos y Construcción de Pemex, los cuales únicamente eran las fajillas de los sobres de

pago de más de un año, los cuales le habían sido entregados por el banco, como comprobantes de los depósitos de sus pagos de la pensión jubilatoria, y debido a que pudieron saber de quién se trataba, ya que sus apellidos eran conocidos en la institución petrolera, pudieron avisarle, pero también me informaron que en el edificio de enfrente donde hubo estado el hotel, creo que era de la PGR, habían colocado pertenencias encontradas del mismo. Fui al lugar nuevamente en busca de ese edificio. El terremoto únicamente le había derrumbado los dos últimos pisos. Se encontraba desalojado y aparentemente abierto, sólo había un vigilante de la compañía que trabajaba para la petrolera, a quien le indicaron, me permitiera entrar a buscar.

>> Las cosas se encontraban regadas formando montones por toda la planta baja y el estacionamiento. Recorrí en su totalidad el área y no reconocí pertenencia alguna. Estaba por abandonar el lugar, cuando en un rincón localicé un apilamiento de placas de automóvil. Con detenimiento las revisé y encontré las correspondientes al auto del tío Pedro. Ahí estaban, pero el auto nunca

apareció como chatarra. Ahora ya no se necesita razonar mucho, sin duda, alguien se llevó el vehículo. Tampoco nunca apareció el dinero, sólo el portafolio de mi padre con su documentación personal, la cual personalmente el tío Pedro me lo entregó cuando lo encontré.

>> Con soslayo volví a pasar la mirada alrededor de toda el área, tal vez la inconciencia trataba de hacerme descubrir algo que el análisis consciente, no había encontrado... Nada más. Convencido bajé la vista y al girar sobre los talones para encaminarme a la puerta, llamó mi atención dentro de una pila de ropa, una agenda del tipo personal, tamaño de un cuarto de página, recubierta de plástico color café. Intuitivamente me agaché para recogerla y hojearla.

Preocupado, pasé con rapidez algunas páginas. Levanté la vista y miré alrededor, tratando de saber si alguien se había dado cuenta de lo que estaba haciendo. No vi a nadie, me encontraba solo. Era un diario personal... Comencé a leer las últimas páginas escritas; se trataba de los días

finales de un funcionario de gobierno, tenía problemas con su jefe y esperaba le pidiera su renuncia. Atrapó mi interés, era la vida de alguien que a lo mejor ya había partido al más allá. Pensé en llevármelo para averiguar de quién se trataba y con el tiempo hacerle llegar esa bitácora de vida a sus familiares, sin embargo, la conciencia no me lo permitió, no tenía derecho de tomarla a pesar que el fin último era bueno, pero... no era mía ni de mis parientes. A lo mejor, sus familiares estarían al igual que yo, buscando indicios de él y sólo les quitaría la oportunidad de encontrar una pista, o como en el caso de nosotros, también estarían buscando alguna cosa de valor, lo que me convertiría en un cómplice. Con cierta carga moral, dejé la agenda donde la encontré, sabía que me arrepentiría en un futuro, tal vez podría haber escrito una novela. Aspiré profundo, levanté la cara y salí del lugar.

5

El sonido de la televisión seleccionada en el canal dos, invadía el cuarto del hotel, se transmitía el noticiero de la mañana de Memo Ochoa.

— *Mare ninio*, te levantaste temprano, ¡ah! ¿No vas a salir a caminar por la *escarpa* como siempre? — le preguntó Edgardo a su hermano Pedro, utilizando modismos y entonación de yucateco, lo que casi dice “Hola niño (amigo)... a caminar por la acera”. — Anda y baja a llenarte de un poco de smog, dicen que te hará *xux* inteligente, porque todas las direcciones generales y presidencias de empresas, así como secretarías de gobierno se

encuentran aquí, de manera que se concluye, que es debido a que el smog hace más inteligente a las personas de acá. ¡Anda *ninio!*, si para eso trajiste tus *alpargatas* de tenista — referenció a los zapatos tenis para caminar.

— No, hoy no voy a salir ¡ah!, voy a escuchar las noticias.

— Bueno, mientras voy a rasurarme — tomó la *gillete* y se dirigió al espejo del lavamanos, se enjabonó el mentón, mientras Pedro quedó recostado en la cama, únicamente con su pantalón de pijama, en tanto Edgardo como se iba a rasurar y tomar una ducha, portaba solamente calzoncillos tipo trusa.

En eso estaban cuando aconteció...

El edificio se comenzó a mover fuertemente. El tío Pedro habitante de la península de Yucatán, donde por su formación geológica nunca tiembla, apareció asustado con los ojos bien abiertos a la puerta del baño.

— Ven acá hermano, no te preocupes, es sólo un temblor, esto pasa seguido en esta ciudad, es algo común.

El tío Pedro no profería palabra alguna, únicamente se acercó. El movimiento de los muros, cada vez era más amplio, lo que hizo que Edgardo le repitiera.

— Ven, agárrate del pretil de la puerta. Esto no va a durar mucho —. Gritaba lo dicho al observar que la oscilación se incrementaba a cada segundo. Llegaba ya casi a un metro de amplitud.

Algunos muebles cayeron incluyendo la televisión, lo que hizo que abrazara por la espalda a su hermano y le gritara que se agarrara más fuerte del marco de la puerta, porque cada vez era más difícil poderse mantener en pie, así en conjunto los dos, presentaban mayor estabilidad. Pedro seguía en silencio, mientras Edgardo vociferaba...

El tiempo pasaba y el sismo convertido ya en terremoto se incrementaba de valor en la escala de Richter y por lo tanto resultaría mayor en la de Mercalli, que define las consecuencias y daños.

— ¡Agárrate fuerte, hermano, que esto está tremendo! ¡Nunca me había tocado algo así!

— ¡Esto no va a aguantar! ¡Hermano agárrate con fuerza... con fuerza...! ¡Aguanta! ¡Aguanta! — le gritaba también al edificio.

Los gritos proferidos se mezclaban con el crujir de la estructura que rechinaba y resonaba cada vez más fuerte. El abrazo entre los hermanos era más enérgico y estrecho. Como si fuera una prensa, Pedro estrechaba con sus manos y antebrazos al marco de la puerta, el cual se movía como si fuera de plástico, mientras mantenía su silencio...

— ¡Esto no va a soportar más...! — Seguía gritando el ingeniero. Comenzaron a desprenderse pedacitos del cielo raso y de los muros.

Aún así, el rugir de su grito tronaba aún más fuerte...

— ¡Esto no va a soportar más! ¡No va a aguantar el edificio! — ¡No! ¡No! ¡No! ¡No va a...!

Sólo oyó un ruido especial nunca antes

escuchado, un *crack* rasgado, se trataba de la cedencia de la estructura.

Después... Nada.

6

El seguro de la puerta del escarabajo VW, quedó colocado nuevamente. ¿Por qué actuó así? Nunca lo supo el joven. Todo fue por perseguir algo parecido a una corazonada, que realmente después dijo no haber sentido, simplemente no subió al auto... Sin tener una causa, Cónsul inició el caminar a la calle desierta, la que observó de reojo. Justamente la anterior a la del hotel Principado.

Las casas de ese barrio son similares, casi todas de dos pisos, colindantes una con otra y construidas en la misma época. Las fachadas sencillas y planas sin balcones, una puerta de acceso al centro con cuatro

ventanas, dos en la parte baja y dos en la de arriba. Completamente monótonas.

Deambuló con lentitud por el centro del arroyo pavimentado de la estrada, hasta ver a lo lejos el letrero que identifica a la calle Emerson. Súbita la mente arrastró los pensamientos a otros de los terremotos más fuertes, con más graves daños y muertes sufridos en el país..., iniciando desde la época previa a la Nueva España en 1475 durante el reinado de Axayácatl...; luego aquél de 1787 dos años antes de la revolución francesa que afectó Oaxaca, generando un tsunami en las costas del pacífico...; el de 1912 en Acambay Estado de México, donde se produjo una gran falla de más de 50 kilómetros con más de un metro de altura...; ese otro en 1932 acontecido en Colima con un maremoto que barrió Cuyutlán y le dieron el sobrenombre de la Ola verde... Las imágenes pasaban una a una como fotografías mientras recorría la calle, las recordaba de las clases de historia de México del primer año de la escuela secundaria.

Al llegar a la calle Emerson, el recuerdo

brincó al temblor del 1957, cuando el Ángel de la Independencia cayó desde el pedestal de la columna del Paseo de la Reforma. Ese mismo sismo lo sintió en Minatitlán, Veracruz a la edad de ocho años, cursaba el tercer año de primaria. La impresión del fuerte movimiento de la tierra se incrementó porque se encontraba en la cama, que se comportó como una lancha a la deriva en un huracán. La imagen de lo apreciado, permaneció acrecentado en su mente, al observar en el periódico local La Opinión, una fotografía de una casa derrumbada en la ciudad de Orizaba y al pie de la misma leyó "...una familia completa, padres y tres hijos fallecieron en su interior, al caer sobre ellos el techo de la casa. Todos estaban abrazados sobre la cama donde se refugiaron..."

A la mitad de esa tarde, sin gente, en medio de un gran silencio por no tener los ruidos normales de una ciudad, el ambiente lucía gris y brumoso. La verdad retembló en la mente de Cónsul, << el país ha sufrido muchos terremotos con víctimas y daños, pero nunca uno tan dañino como éste >>.

Al fondo de la cuadra se alcanzaba a observar un cierto movimiento de personas y unos vehículos estacionados, << con un poco de suerte a lo mejor por ese sitio, puedo acceder al lugar del siniestro >> la mente le ordenó proseguir y, sin prisa, continuó el caminar.

7

No existía manera de saber cuánto tiempo había pasado, tal vez media hora o más bien casi una hora..., le platicó tiempo después, muy atribulado el padre al joven ingeniero y tomando fuerzas de flaqueza, continuó en su recordar... El hecho fue, que de pronto comencé a toser una y otra vez...

Sí..., comencé a toser muy fuerte sin poder evitarlo y entonces, retomé la conciencia... Desperté. Estaba oscuro, lleno de polvo, no me podía mover. Prontamente recordé lo sucedido y que tenía abrazado fuertemente a mi hermano. A mi hermano. ¿Y mi hermano dónde está? Si lo tenía atrapado con mis brazos, más bien *tackleado* como

cuando jugaba futbol americano, ¿dónde estás? ¡Hermano!, ¡hermano...! ¡Pedro...! La respuesta cada vez, fue el silencio. Me di cuenta que podía mover los brazos y tanteé tocando lo que pude a mi alrededor, sintiendo sólo el concreto de las losas y pedacería de las mismas. De pronto sentí un brazo, lo agarré con fuerza y lo moví... Sin respuesta. Volví a gritarle... ¡Hermano!, ¡Pedro...! No contestó. Renové el llamado una y otra vez sin respuesta. La ausencia de contestación comenzó a desesperarme y continué a gritos llamándolo. Súbitamente la razón me controló y pensé << estoy bien, yo estoy bien debo de mantener la calma >> y comencé a mover los dedos de las dos manos, los brazos, la cabeza, el tronco... estoy bien repetí, una pierna... la otra no se movió, estaba atorada, pero podía mover los dedos de ambos pies, o sea, aunque estuviera atorada, no sentía dolor alguno, por lo tanto << no tengo daño >> resonó el pensamiento.

Acostado como me encontraba, un poco más tranquilo, fui retirando la pedacería del escombro que provocaba el atoramiento de la pierna. En eso estaba, cuando escuché la

voz de una mujer pidiendo auxilio. Le contesté, vociferé que la escuchaba... No se desespere le dije, pronto van a venir a rescatarnos y continué la plática con ella para que se calmara, mientras... terminé de liberar la pierna.

Recuperada la movilidad completamente, observé a mi alrededor y descubrí a cierta distancia un pequeñito resplandor << está entrando la luz del sol por ahí >> el sentido me increpó. A rastras como pude, repté con dificultad entre las ruinas y escombros hasta llegar al sitio iluminado. Durante el trayecto algunas otras veces pude también escuchar. Había más gente atrapada.

Allí en el haz de luz, el espacio era algo más amplio, las losas de los pisos superiores en ese lugar se habían fracturado y roto como galletas. Se podía ver el cielo. Emocionado, proferí mi grito de guerra, el que siempre me había distinguido en el trabajo y en la vida, cuando lograba un triunfo. Aún tenía que subir varios metros para llegar a la superficie entre ese pequeño espacio que dejaron las losas rotas de los techos superiores, pero en ese momento me sentí prácticamente en

libertad.

Con cuidado y sin prisa, comencé a escalar. No sé por qué recordé los entrenamientos de fútbol americano con los burros blancos del politécnico. Había sido el *tackle* izquierdo del primer equipo, de la selección de liga mayor en la prehistoria de dicho deporte en el país, con el Sapo Mendiola de *coach* y compañeros jugadores como el guajolote Salas, los Tepichin, el loco Serrano, Estavillo y otros.

Al fin me encontraba a una sola losa de alcanzar la liberación, pero justo ahí, se atravesaban varias varillas corrugadas. No cabía, a pesar que un par de meses atrás, en mi casa de la laguna de Bacalar, me enfermé de paludismo, disminuí muchos kilos y bastantes centímetros de cintura. A pesar de lo anterior, no cabía por el agujero. Sentí desilusión y comencé a gritar para llamar la atención de los rescatistas. Uno de ellos se acercó e inició un coro de gritos de júbilo que integró a todos en ese punto: "¡Aquí hay uno vivo...! ¡Uno vivo...! ¡Vengan acá...!" y se juntó al instante, un grupito alrededor del agujero.

Traigan unos marros, vamos a demoler un poco más y así abrir algo más el espacio para sacarlo, escuché.

No, no se vaya a caer con los golpes algún otro pedazo, mejor traigan un arco y seguetas para cortar las varillas, les expliqué. Me hicieron caso y pasó el tiempo esperando la herramienta, en tanto les pedí que buscaran a mi hermano. Por ahí está, les aseguro. Por favor revisen bien, ahí está, les decía. Búsquenlo por favor.

Llegó un muchacho con el equipo y tres seguetas. Se puso a cortar, estaba tan nervioso que quebró la hoja aserrada. Apresurado colocó una segunda hoja de corte y con vehemencia se puso a “seguetear”, pero también la rompió...

Paren... paren, les gruñí, déjenme a mí hacerlo. Por favor, yo lo haré con calma, ustedes busquen a mi hermano... por favor, encuéntrenlo. Accedieron y entregaron la herramienta. Con mucho cuidado y paciencia comencé a cortar. Me dejaron solo. No supe cuánto tiempo me llevó cortar una a una las

varillas y doblar sus puntas hacia afuera, hasta que grité nuevamente. Regresaron dos rescatistas, me tomaron de los brazos y me levantaron hasta estar afuera. Observé el monumento de la Revolución y su plaza, las ruinas del hotel, los voluntarios y los soldados. Sentí la brisa fresca y recordé que me encontraba en trusa y descalzo. Los rescatistas nerviosos trataron de bajarme desde la altura de los pisos colapsados, pero estaban muy excitados y más que ayuda eran empujones. Me lastimaban los pies a cada paso, hasta que con fuerza les dije. ¡Con calma!, ¿no ven que no puedo caminar bien? Si no morí allá abajo, ustedes me van a matar, haciéndome caer desde acá...

Poco a poco bajé. Me jalaban hacia la ambulancia. Vi a una persona con una cámara de lo que creí era de la televisión y me dirigí a ella. "...estoy bien, me llamo Edgardo Argáez Manzanilla, díganle a mi familia. Mi hermano está atrapado ahí adentro. Búsquenlo, sálvenlo..." a empujones los rescatistas me subieron a la ambulancia y de ahí me llevaron al hospital de la Cruz Roja. Nunca dejé de decirles... Mi hermano ahí sigue atrapado.

Haciendo una pausa, tomó un poco de aliento y continuó con la historia de lo ocurrido.

Llegamos al hospital de la benemérita en Polanco a un lado de Sears. Un joven médico me revisó... yo repetía: estoy bien, no tengo nada, tengo que regresar a buscar a mi hermano... el doctor no me dirigió la palabra hasta que terminó su auscultación. Está bien, no tiene daño, sólo un rasguño en el labio superior. Me dieron una ropa azul de enfermero para cubrirme. Me quedaba chica. La acomodé como pude y del brazo me llevaron a la sala de espera. Redundé en mí pedir: Tengo que regresar al hotel Principado, allí quedó mi hermano, tengo que ir por él y rescatarlo. No señor contestaron, usted no puede salir de aquí, tiene que rendir su declaración al ministerio público. Quédese sentado, cuando llegue el MP le avisará y luego podrá irse... le hicieron una señal al módulo de atención de trabajo social para que estuvieran atentos. La verdad es que todavía no se imaginaban el alcance del desastre que había ocurrido por toda la ciudad, querían seguir correctamente

las reglas.

Revisé dónde me encontraba y escudriñe el lugar y tracé un plan. Pasado un rato me levanté y pregunté por el baño, me indicaron el rincón junto al cubo de las escaleras. Fingí entrar al baño y aprovechando un descuido bajé las escaleras al estacionamiento de las ambulancias. Con desparpajo camine por un ladito en la rampa de acceso y salí a la calle. << Ahora que hago >> pensé, mal vestido, sin zapatos y sin dinero, pues caminaré. Tengo que ir por mi hermano... En la esquina, el semáforo en rojo detuvo a muchos vehículos. Me acerqué a un automóvil manejado por un señor de mediana edad y le expliqué que era un damnificado del terremoto y que tenía que ir a la torre de Pemex. Escuchó, revisó todo mi aspecto de arriba a abajo y contestó que solamente pasaba a una cuadra del centro administrativo de la petrolera. Por favor fue la respuesta y subí al auto. En el camino repetí la historia ya varias veces contada y con ansiedad expliqué la necesidad de encontrar a mi hermano. Pensativo el hombre escuchó y no habló hasta que dijo... Aquí es, las oficinas están por allá y señaló

el camino. Era la zona de bancos, lugar conocido de sobra por mí.

Agradeciendo descendí del sedán y comencé a caminar una ruta de por si muchos años recorrida, pero ahora descalzo, casi arrastrando los pies y la gente viéndome como si fuera un loco escapado del manicomio... de la Castañeda. Las miradas me penetraban, pero no levanté la cara, el orgullo y el coraje de no tener a mi hermano junto a mí, me hacía continuar el deambular para llegar a la caseta de vigilancia. Así lo había planeado, ahí encontraría a mis amigos y compañeros de trabajo. << Seguro me ayudarán de alguna forma, a buscar a mi hermano Pedro >> rumiaba triturando las imágenes en la mente.

8

Al llegar a la colonia Xotepingo, Cónsul abandonó la vía rápida de la calzada de Tlalpan. En esa ocasión se encontraba, cosa rara, desierta. Toda la población que no tenía nada de relación con los innumerables edificios colapsados, se recluyó en sus hogares a petición del gobierno y los medios de comunicación. De esta manera pudo llegar a pesar de ir a velocidad moderada, en algo menos de media hora desde la avenida Marina Nacional. En el trayecto alcanzó ver en la lejanía, algunos grupos de trabajo intentando rescatar sobrevivientes de edificios en ruinas. Al circular por el Viaducto Río de la Piedad, en algunas ocasiones tuvo que vadear unas cuantas grietas en el

pavimento producto del movimiento telúrico.

Durante el recorrido, la mente jugó con el rebote de un lado a otro de sus pensamientos, intentaba establecer una estrategia de cómo actuar y qué decir, al momento de encontrarse con su padre, ninguna de ellas le parecía del todo adecuada. Entró en la calle de Caléndula y detuvo el vochito frente a la casa del tío Miguel, el médico. Ahí se encontraría conforme al mensaje telefónico recibido en la casa antes del mediodía, previo al traslado a la ciudad de México; el pensamiento fugazmente le recordó el recado transmitido por medio de la voz de la secretaria de la refinería de Tula.

Con prudencia el Cónsul se presentó. La tía Tita le indicó que se encontraba en el piso de arriba y con voz fuerte y aguda le informó al cuñado de la llegada de Cónsul, quien comenzó a subir la escalera, en eso, apresurado su padre apareció en el umbral de la misma para iniciar el descenso, hablando en forma excitada.

— Hijo, hijo, fíjate que nos pasó..., se cayó el hotel con nosotros adentro. A tu tío

Pedro ya lo encontraron, le dieron oxígeno y fue transportado a un hospital. Tu tío Miguel está recorriendo sanatorios y hospitales, tratando de localizarlo —. En ese momento, todas las estrategias planeadas previamente pasaron en un instante por el cerebro del joven y... se decidió por decir la verdad.

— No papá, el tío está muerto...

— ¿Por qué dices eso? A mí me dijeron los rescatistas que lo encontraron y estaba vivo.

— No papá está muerto — repitió Cónsul y levantó con la mano izquierda un portafolio.

— ¿Qué haces tú con mi portafolio? Si seguro se quedó entre las ruinas del hotel — preguntó sorprendido y fijó la mirada en los ojos del hijo quién no parpadeó siquiera y se lo entregó expresando:

— Lo encontraron con él.

Sus ojos se nublaron, soltó el aire contenido de los pulmones y con voz resignada continuó.

— Es cierto, siempre lo supe... pero no me permitía aceptarlo, tenía la esperanza que siguiera con vida. A ver hijo ven acá,

cuéntame... — con paso lento se dirigieron a la recámara dónde lo había hospedado la tía Tita, hermana menor de su esposa, por lo que los primos, sus hijos, llevan los mismo apellidos como hermanos. Ya reconocida y aceptada la situación por su padre, con calma abordó el relato...

— ...Así, después de arribar a la plaza de la Revolución, y que no me permitieron pasar al sitio del hotel, di la vuelta para llegar al lado norte de la misma calle, la cual para mi gran sorpresa, no estaba bloqueada. Por ahí entraban y salían vehículos y ambulancias. Pude observar bastantes cuerpos alineados sobre el asfalto, junto a una tienda de campaña en la que una mujer escribía, llenando formatos sobre una mesa desarmable. Pasé de largo a sus espaldas de manera tranquila, sin tratar de llamar la atención, caminando por la acera oriente rumbo a las ruinas del hotel. Con cuidado procuraba poner atención a todo el alrededor, había decidido primero ver directamente los restos del edificio, para luego regresar y verificar los cuerpos que ahí yacían. En eso estaba, cuando advertí a un par de muchachos rescatistas

cargando una camilla con un cuerpo, lo traían tapado desde la cara, pero quedaban los pies a descubierto. Al pasar junto a mí, fijé los ojos en los tobillos, lo que me hicieron revisar con prontitud los pies y las uñas. “Oigan les dije, yo reconozco a este cuerpo”. Se detuvieron súbitamente con una cara de incertidumbre. Uno de ellos perplejo me cuestionó “¿Cómo lo puede hacer si está tapado...?”, “Por los tobillos, blancos, gruesos, con esas uñas también gruesas y duras... Es mi tío” confirmé.

>> Para entonces, la mujer en la tienda de campaña prestaba interés a nosotros, le había llamado la atención lo escuchado. Se levantó de su sitio y lentamente se acercó observándome con detenimiento. Al darme cuenta le di la cara y le comenté “Sí es mi tío, estoy seguro” repetí. “A ver dígame como se llama” preguntó el otro camillero. “Pedro Argáez” aseguré... “No, no es él”, contestó el camillero... “Es Edgardo Argáez...” Por un momento el mundo se me vino encima, pero en el instante recuperé la cordura, aunque cada vez

más nervioso “¿Cómo sabe que es Edgardo?, si Edgardo es mi padre y estos no son sus tobillos, ni el color y debieran ser más velludos”. Un flashazo en la mente me hizo preguntarle ¿Cómo sabe usted que es Edgardo si no lo conoce?

Deteniendo un momento la narración, tomó un sorbo del refresco acercado por la tía y prolongó la plática...

—Ya para entonces habían colocado la camilla con el cuerpo sobre el pavimento de la banqueta y el camillero extendió el brazo con el portafolio. “Estaba con él”. “Sí” ratifiqué “es de mi padre, pero el cuerpo es de mi tío, Pedro William Argáez Manzanilla”. Entonces la mujer se me acercó y me preguntó: “¿Quiere identificarlo formalmente?, soy del Ministerio Público. “¡Sí!” fue mi respuesta y retiraron la sábana. Ahí estaba el pollo Argáez, su cabeza había recibido a una trabe o a lo mejor la losa. Presentaba un rictus que para mí era una sonrisa..., sonreía como siempre lo recordaba, así... riendo y rascándose el pabellón de la oreja, tamborileándolo con los dedos, de adelante para atrás, al mismo tiempo de

expresarse jocosamente: “¿cómo se ama, como se ama?” en lugar de decir ¿cómo se llama...?, cuando trataba de recordar algún nombre. “Sí es él” corroboré, pero al momento en mis manos inició un ligero temblor. “Póngale una identificación, porque hay demasiados cuerpos y, así ya queda identificado. Mientras yo lo registro en mis formatos” indicó la dama. “No tengo nada de él, los documentos del portafolio son de mi padre”. “Entonces, escríbale su nombre en un papel y péguelo a su tórax” sugirió la empleada del MP. “No tengo pluma, no tengo papel, qué hago” el nerviosismo por la impotencia de resolver el asunto se me incrementaba a cada instante. La licenciada me ofreció su bolígrafo y un pedazo de cinta adhesiva médica blanca que se utiliza para ajustar los vendajes. Intenté escribir su nombre pero no pude, mi mano derecha temblaba. Al darse cuenta la mujer, retomó los utensilios y ella misma escribió el nombre. Posteriormente supimos que había escrito mal el apellido y quedó PEDRO ACAEZ. Bastante aturdido, agradecí mucho la ayuda y le pregunté “¿A dónde se lo van a

llevar?” “A la delegación Cuauhtémoc, la que está cercana a la estación de Buenavista del ferrocarril y los edificios del PRI, pero vayan hoy mismo a reclamar el cuerpo, porque hay muchísimos fallecidos por el terremoto”. “Muchas gracias” reiteré y lentamente comencé a retirarme del lugar, pero de forma brusca, la mente me gritó... << Te engañaron... no lo habían rescatado y mucho menos llevado a un hospital >> la imaginación se volvió de pronto una vorágine turbulenta... << ¿Y si también me engañaron con respecto a mi padre?, él no fue el que me habló, fue una secretaria, ¿y si ella me dijo una mentira piadosa, porque alguien conocido le pidió que lo hiciera? >>. La mente como tornado daba vueltas, el nerviosismo aumentó. “Me engañaron” acepté y haciendo acopio de razón empecé a caminar entre los cuerpos tirados sobre el pavimento en busca de tu cadáver. Te lo juro papá, en ese momento ya no creía en nada ni en nadie.

Sin dejar de mirarlo, el padre se levantó y se abrazaron por un momento... acto

seguido, Cónsul siguió con su relato:

— Circulé entre los cadáveres, hubo uno que me llamó la atención, la cabeza era muy similar a la tuya, un bigote recortado y un lunar parecido en el cachete pero..., la piel tenía un color más moreno y era algo más chaparro. Me resistía a creer, puse una rodilla en el suelo con el fin de acercarme más y en ese instante un joven con una cámara fotográfica tomó una foto, escuché el chasquido del equipo y me levanté molesto. “Respeto mi dolor” le grité y movió la cabeza afirmando y se retiró... pero el nerviosismo nublaba mi mente, incluso cavilé << ¿y si se puso prieto por un derrame interno al ser golpeado por la estructura... y se le fracturaron las piernas? Giré mi cabeza para hablar con un rescatista. “Sí lo voy a reconocer, expresé”. En ese momento llegó un joven que me apartó firmemente del lugar con el brazo “¡No!, es mi jefe, estábamos juntos hospedados en el mismo cuarto. Yo lo reconozco” y con una cinta adhesiva pegó en su pecho la credencial del hombre. Atónito me hice a un lado y pensé recriminándome con

fuerza << déjate ya de tonterías. Cree en tus amistades petroleras, compruébalo ve a buscar a tu padre a la casa de tu tío Miguel o busca la forma de tratar de comunicarte telefónicamente con él >>. Resignado, caminé por donde entré hacía apenas un rato, rumbo al automóvil, no sin antes de intentar llamar utilizando un teléfono público localizado en la esquina. No hubo suerte a pesar de ser local.

>> Sin pensarlo mucho, me animé y toqué el timbre de un departamento en la calle Emerson. Pensativo esperé a que abrieran. Una señora apareció con un muchacho a su lado. En pocas palabras expliqué que encontré a un pariente en el colapso del hotel Principado y trataba de comunicárselo a mi padre en la misma ciudad de México, pero los teléfonos públicos no estaban funcionando, por lo que les suplicaba me permitiera hablar por su teléfono. Revisaron mi imagen de arriba abajo y con mucha reserva, permitieron que entrara a la sala y marcara en el aparato negro de bakelita. El sonido en el auricular fueron sonidos cortos. Tampoco existía la comunicación

a pesar de ser dentro de la ciudad. Agradeciendo, salí a buscar el Volkswagen de color gris humo y enfilé el camino a buscarte aquí.

>> No obstante, mi mente se resistía a dejar aquél lugar en el cual me había provocado muchas dudas y me dirigí a las cercanas oficinas centrales de Pemex, después de todo quedaban en el camino y aún tenía mi credencial de funcionario de la empresa, ya que gozaba de una prestación, la de pedir permiso sin goce de sueldo por dos años intermitentes por un periodo intermedio de trabajo. Estaba a punto de dejar a la mejor empresa del país, por un sueño, por el cual luchaba junto a la familia. Sin problemas pude llegar al piso treinta y dos de la torre, donde se situaba mi oficina, porque aún podría ser mía en función de la pronta decisión definitiva que tomaría. Toda la torre estaba desierta. Levanté el auricular del teléfono para marcar el número de la casa del tío médico, cuando de pronto la gigantesca estructura del edificio más alto del país en esa época, comenzó a moverse. Estaba sucediendo una réplica

del sismo. Tomé asiento y con toda la paciencia compartí el movimiento oscilatorio. El plafón del cielo raso se quejó, algunos plafones de plástico transparente de las luminarias se desprendieron, otros vasos repletos de lápices rodaron. Recordé que cuando trabajaba ahí decía que en uno de mis cajones tendría una botella de ron Argáez Blanco, porque nunca saldría corriendo a las escaleras para salir en caso de un terremoto, simplemente abriría la botella llenaría un vaso y lo acabaría mientras terminara el sismo o siguiera vivo. Lo mismo haría en caso de un incendio o cualquier otra emergencia dentro de un edificio. Hoy me acontecía, pero no tenía una botella de ron, porque ya no era mi escritorio, no obstante me senté a esperar y pensé en cómo habrían sentido y sufrido miles de gentes afectadas aquél instante único de su vida. El peor terremoto de la época moderna del país.

>> Cuando la réplica terminó, volví a marcar. El sonido corto repetitivo del auricular me indicó la incapacidad de establecer la comunicación. Me puse de

pie, fui al elevador, seguí el protocolo de salida de las instalaciones, regresé al vehículo y entonces pensé << directo a Xotepingo en Tlalpan >>.

- Hijo lo encontraste, eso fue lo importante, hay que esperar a que tu tío se reporte para decirle donde está —. Quiero platicarte otra cosa. — Estoy preocupado, no puedo comunicarme a Coatzacoalcos con tu hermana Linda y con Mirza, así como con tus hermanos.
- No hay comunicaciones de larga distancia papá, hay que esperar a que se restablezcan las comunicaciones.

Como era su costumbre el padre encendió la radio para escuchar música.

- La música me sirve para distraer la mente y tratar de no pensar en lo sucedido que me rebota una y otra vez dentro de la cabeza. Si no hago esto, no la puedo resistir — comentó, al instante que la melodía invadió el momento.

9

Con mucha suerte sin saber por qué, se logró establecer la comunicación local telefónica con la refinería de Atzacapozalco, donde el ingeniero Edgardo Argáez Manzanilla fue el superintendente de operaciones y el Cónsul, joven ingeniero inició su carrera profesional en Pemex, antes de ir a la refinería de Tula, por lo que ambos tenían relaciones de trabajo y amistades.

Sin mucha dificultad pudieron hablar con la máxima autoridad del centro de trabajo, el Superintendente General, amigo de ambos. Se le explicó de forma concisa lo sucedido y ofreció toda su ayuda en lo

que pudiera apoyar, de tal manera, que le solicitaron de favor, se intentara comunicar mediante la red interna de telecomunicaciones por microondas de Pemex, a la terminal de recibo y reparto de la ciudad de Mérida, para que ellos por la red local informaran telefónicamente a los hijos del tío Pedro, que vinieran a la ciudad de México urgentemente, porque su padre había fallecido en el terremoto.

No fue tan fácil como pudiera pensarse, aún resueltos los problemas técnicos de la comunicación. Lo ciertamente problemático fue la parte personal, ya que se encontraron con un rechazo fuerte y burdo, para que aceptaran los parientes a recibir la trágica noticia, toda vez quienes se comunicaban con ellos, eran totalmente desconocidos. Pareciera que se jugaba la dinámica del juego llamado “teléfono descompuesto”, por lo cual hubo la necesidad de llevar a cabo una segunda llamada, para que por fin comprendieran y reconocieran que la situación era real. Posteriormente la dificultad fue el poder encontrar lugar en el primer vuelo a la capital.

Nuevamente hubo que hacer intervenir a personas de alto nivel jerárquico del gobierno estatal, compañeros y amigos del tío Pedro, para convencer a usuarios sin tanta prisa de llegar al destino, para que cedieran el lugar cambiando de vuelo. La buena voluntad y solidaridad de la gente se demostró una y otra vez, en múltiples acciones fraternales de la población a todos los niveles, desde los voluntarios en el rescate de las ruinas, la elaboración de comidas en los campamentos, diversas actividades de recuperación de inmuebles, hasta el apoyo económico y moral para los damnificados. Se estaba viviendo un caso único y nunca visto de la vida del país.

Aproximadamente a las ocho de la noche se recibió la llamada del tío, el Doctor Miguel Argáez Manzanilla, Director del Banco de sangre de IMSS y gran maestro en la hematología nacional, quien además de coordinar los apoyos de suministro de sangre requerida para la situación que se vivía, estirando el tiempo y apoyándose en sus subalternos, se dedicó a buscar a

su hermano Pedro por los hospitales de la capital.

- Contesta a tu tío, infórmale acerca de Pedro — apuntó el padre.
- Hola tío... — no lo dejó ni hablar y se *tendió largo* contando que no había ningún reporte de admisión en todos los hospitales a los que fue, pero ya había encontrado tres cuerpos que se parecían mucho a su hermano, pero que no estaba muy seguro.
- Tío, escúchame..., escúchame por favor... — no pudo interrumpirlo. Entonces esperó con paciencia a que terminara de hablar y por fin le pudo decir.
— Ya lo encontré... desde la tarde está en la delegación Cuauhtémoc, vi que se lo llevaran para allá, lo podrás distinguir por un esparadrapo en el pecho con su nombre. Lo reconocí cuando lo estaban sacando de las ruinas del hotel.
- No, no lo creo, no es tan fácil de identificarlos, ya he visto muchísimos cuerpos.
- No tío, estoy seguro, lo identifiqué.
- No, mejor ahorita voy a la Delegación, luego les vuelvo a llamar.

Regresó con su padre, quien siguió platicando distintos momentos de todo lo que vivió cuando se despertó después de la catástrofe del hotel y como quedó enterrado y lo que tuvo que hacer para salir de ahí. Pasó el tiempo hasta que se volvió a escuchar el timbre del teléfono. Era nuevamente el tío Miguel.

— Ya lo encontré, tenía un leterrito con un nombre mal escrito que decía ACAEZ en lugar de Argáez. Pero además ya recuperé el anillo de bodas de mi papá que él usaba. Los trámites están lentos por la cantidad de gente, hasta cerca de las doce de la noche nos lo entregarán, están agilizando los trámites obviando pasos. Voy a la casa, cenamos y regresamos por él, ya dejé todos sus datos y los míos para que lo envíen a la funeraria del IMSS en Tlalpan.

— OK, te espero y te acompaño a los trámites.

Casi a la media noche regresaron a la Delegación, el tío Miguel, el primo Micky que se había unido solidariamente y Cónsul. Es difícil describir lo visto, la cantidad de cuerpos acomodados en el piso del

estacionamiento subterráneo del edificio gubernamental. Llegaban camiones de volteo repletos de cajas de muerto de todos tipos, no se podía estar escogiendo. Al paso del tiempo supongo, ya ni cajas se usaron, los fallecidos fueron hacinados en el estadio de beisbol Parque Delta, junto al Viaducto. Fue *vox populi* el comentario de gente que buscaba a un muertito, aparentemente lo encontraban, le lloraban y decían a la autoridad que no lo conocían, no podrían pagar para enterrarlo, pero ya se habían dado cuenta que estaba muerto y con esa certeza lo dejaban que lo enviaran a la fosa común. Dicen que miles de mexicanos quedaron en esas fosas. Oficialmente se habló de diez mil a quince mil personas fallecidas, en realidad fueron casi cuarenta mil. Es muy difícil poder imaginar tantos muertos, muchos quedaron enterrados formando parte de los escombros y llevados a rellenos para desperdicios de materiales.

Posteriormente se supo de casos fortuitos de buena suerte, así como también pudo haberle pasado al tío Pedro si hubiera salido a caminar como él lo acostumbraba. El hotel hubiera colapsado cuando se encontrara

recorriendo las calles cercanas. Así de igual forma circuló la noticia de un contador del complejo petroquímico de Pajaritos en el estado de Veracruz, que se encontraba hospedado en el hotel Regis, el cual igualmente se derrumbó en el terremoto. Le dio tanto temor al contador durante el movimiento telúrico, que se metió al closet. Cuando terminó el sismo, salió y encontró que el cuarto y gran parte del hotel se había derrumbado quedando el closet adherido a la parte que no cayó. Similarmente pasó con un ingeniero de la petrolera que todas las mañanas asistía al vapor de los baños del SPA del mismo hotel, pero ese día no asistió; así como unas hijas de un compañero que el edificio de departamentos en la colonia Del Valle, donde vivían sus hijas colapsó con ellas adentro, pero ellas si no tuvieron suerte. Y el compadre del joven ingeniero, el Doctor Galíndez, quién trajo a la vida a todos sus hijos y atendía todas las mañanas a pacientes de Ginecología y Obstetricia del hospital del IMSS en el Centro Médico Nacional, al otro lado del estadio de beisbol donde jugaban los Tigres y Diablos. Pues ese día su hija que años después fue una exitosa ingeniera civil, se le

hizo tarde para salir rumbo a la escuela secundaria, lo que ocasionó un retardo en el recorrido del doctor por las calles, ocasionando llegara tarde al nosocomio y enfrente de sus narices, al momento de acercarse para entrar al edificio, el terremoto destruyó el hospital. Se salvó aunque es demasiado conocido, todas las historias al respecto de la recuperación y rescate de los bebés de dicho centro hospitalario. Por otra parte, también se conocieron innumerables casos de cuerpos que nunca fueron encontrados, a pesar de haberlos visto que entraron a los muchos edificios que se colapsaron y nunca salieron ni como cadáveres.

En fin, ahora ya de madrugada, se encontraban regresando a la casa, con la situación resuelta en su medida.

10

El sueño en la noche del día fatídico fue escaso, algo por la música curadora del recién nacido, tal como el mismo ingeniero jubilado se denominó al recibir su nueva credencial de Pemex y por otra parte debido al regreso tardío, prácticamente de madrugada, desde la Delegación y porque además había que levantarse temprano para ir a buscar al aeropuerto, a su primo el cual vendría de Mérida. Ese mismo día regresarían acompañando al féretro, junto con otros parientes, los que de varias partes del país llegaron para viajar al sepelio del día siguiente, en la ciudad de Mérida.

Con gusto pero apesumbrados recibieron al primo Marco Humberto. La plática se desarrolló acerca de lo acontecido mientras se dirigían a la agencia funeraria del IMSS. Las cajas mortuorias se acumulaban en cuatro o cinco por capilla, al tío le tocó en un rincón al fondo del pasillo. El primo, al ver el ataúd, se hincó y comenzó en voz alta a platicarle a su padre. Fue muy emotivo ése momento.

El velorio fue corto en tiempo, porque había cola de fallecidos y deudos esperando, además había que trasladarlo a la terminal aérea para después del mediodía.

-0-

Camino al aeropuerto, Cónsul comentó a su padre que no iría, tenía trabajos que había dejado tirados, él contestó:

— No te preocupes, tú ya hiciste tu parte. Lo encontraste, si no, aún lo estaríamos buscando —. El destino contesté, fue mi compañero de cuarto muchas veces y de aventuras cuando venía a verte.

Despedidos en la sala de acceso, vieron que

entraran a las salas de espera, sólo habían pasado unos pocos minutos, cuando inició la réplica más extrema del terremoto, con fuerza casi igual, faltándole sólo unas décimas en la escala Richter de medición de intensidad de los temblores. Todos los que nos encontrábamos en el interior salimos corriendo a la calle, la psicosis estaba presente, muchos por muy poquito, se salvaron de ser atropellados por los vehículos en la avenida de acceso al aeropuerto. Los que estaban en las salas interiores difícilmente pudieron salir, la mayoría se arremolinó en los controles de las entradas, otros como el tío Jorge, recién llegado de Monterrey que se habían unido al grupo para viajar, se hincó y poniendo los brazos en cruz comenzó a vociferar rezos. El recién renacido Edgardo, sentado exclamó.

— Yo no me levanto, ya salí de una — y a voz fuerte y abierta, gritando retó al más allá... — ¡Vienes por mí... anda, llévame, debiste haberme llevado ayer en lugar de mi hermano! ¡Anda! ¡llévame ahora... llévame! — La gente alrededor, al escucharlos, se asustó aún más...

Y al final... el sepelio se llevó a cabo, pero al retornar a la casa, Lorenzo el perico hablantín de mucha edad en la familia, casi de cuarenta y cinco años, compañero favorito desde adolescente de Pedro W, quien lo alimentaba platicándole todos los días..., yacía muerto. El vecino comentó que había estado llorando, como a veces imitaba el llanto de los bebés y a las madres que los apapachan calmándolos con un siseo: primero el llanto lastimoso y después el sonido “shshsh... shshsh... shshsh...”, volviendo a repetirlo ininidad de veces.

— Se lo llevó el tío Pedro, como buen capitán pirata del caribe y pescador de altura que era, con su buque “La compañera María Esther” aduciendo a la esposa del expresidente Echeverría, así como también por haber sido torero, cazador, beisbolista y fabricante de aguardiente. Se iba por semanas a la “pesca de escama” o por medio del buceo, a recuperar y pescar langosta, caracol y peces a la mitad del canal de Yucatán, a ciento cuarenta kilómetros al norte mar afuera, entre Cuba y la

península, alrededor de los hermosos, únicos e inenarrables: Arrecife de Alacranes y la Isla Pérez —. Fue el comentario de todos.

Epílogo

Un par de semanas después, Cónsul al hablar con su padre por teléfono, quien para entonces ya se encontraba en la casa de Bacalar, Quintana Roo, junto la laguna de los siete colores, al preguntarle cómo se encontraba, repitió lo muchas veces dicho en varios momentos anteriores:

— Hijo, no sé por qué no fui yo el que se fue, hubiera sido una muerte muy bella, tranquila y sin dolor. No sentí nada después de escuchar el ruido de la cedencia del material del edificio. No pasó por mi mente nada, ni la historia de mi vida, ni las imágenes de los familiares, ni

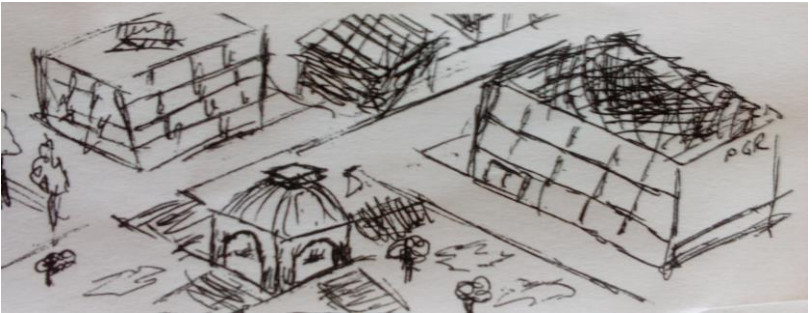
luces, sombras, deudas, éxitos, iconos religiosos... Nada. Fue como si se apagara un *switch*. Ahora no sé qué me depare el destino, a lo mejor una enfermedad larga y dolorosa, un cáncer o cualquiera de otras cosas. Te lo juro, hubiera sido algo muy simple. Estoy seguro que mi hermano sintió lo mismo y nunca hubo dolor o angustia. No así como muchos más. No dudo que los no fallecidos en el instante de los derrumbes, los cuales quedaron atrapados sin morir y sin ser rescatados a tiempo, por el contrario, supongo que sufrieron mucho.

- ¿Y cómo llevas tu duelo y recuperación?, porque todos sabemos que siempre te has negado ir al médico — comentó Cónsul a manera de cierta recriminación.
- Voy bien hijo, me recupero, encontré mi terapia... Todos los días me calzo unos zapatos olvidados por mi hermano la última vez que estuvo por acá... Camino con ellos por toda la casa y en voz alta me repito muchas veces: "...él no está más aquí, él se fue, me protegió y defendió, poniéndose en medio para detener la trabe que me iba a caer encima, a expensa de su vida..., él se

sacrificó por mí..., él ya no está, yo estoy aquí y uso sus zapatos... además..., recuperó, cuidó y me regresó el portafolio”.

FIN.

VIÑETAS



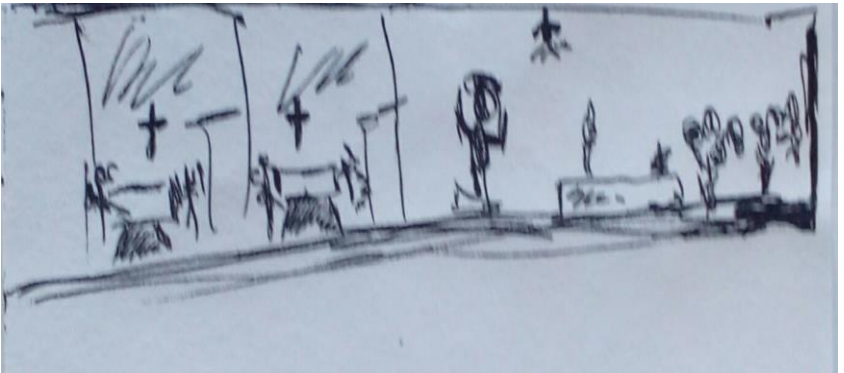
Plaza de la Revolución, a la derecha el hotel derrumbado



Vista poniente de la Plaza de la Revolución, a la derecha al fondo la torre Latinoamericana



El hotel Principado en ruinas, en el momento de que sacan el cuerpo unos rescatistas



Velatorio en Tlalpan



Oficinas centrales de Pemex con la caseta de vigilancia de Marina Nacional

*Esta obra se terminó de imprimir
para medios electrónicos y papel
en el mes de Noviembre de 2016
en León, Gto.*